



Año XLIX

Orihuela 1 de Abril de 1932

Num. 1159

Fundador: D. ADOLFO GLAVARANA

DESPUES DE LA DISOLUCION DE LOS JESUITAS

Los Jesuitas disueltos en España visten el laurel de los Mártires.

Y la primera autoridad de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo pone en sus manos la palma del triunfo.

Dice el telégrafo: Roma, 20.

«Entre las costumbres antiquísimas que se conservan en Roma, hay una que consiste en que una familia regala al Papa una magnífica palma para la bendición del Domingo de Ramos.

El Sumo Pontífice después de usarla en la bendición y procesión de las Palmas del domingo de Ramos, la envía, como obsequio estimadísimo, a alguna familia de Roma, de las más distinguidas, como señal de singular estima y predilección.

Este año el mismo Domingo de Ramos por la tarde recibieron los Jesuitas de la Casa generalicia la estimadísima palma, acompañada del siguiente autógrafo del Papa.

«Domingo de Ramos, año 1932.

A los queridos hijos de la Compañía de Jesús que, por Cristo - Rey y por su Vicario, han sufrido una persecución en España.... «y las palmas sean en sus manos». «Pío Papá XI.

Pero no solo es el Papa el que distingue a los Jesuitas y les llena de honor.

El Gobierno alemán ha hecho objeto de la más valiosa y estimada distinción al P. jesuita Klein.

Los periódicos alemanes, incluso los protestantes se hacen lenguas en alabanza del ínclito hijo de la ínclita Compañía.

Otro gobierno republicano (en Alemania hay república ¿eh?) otro gobierno republicano el de Bolivia ha conferido la más alta condecoración del Estado al P. jesuita Descotte, director del Observatorio de S. Calixto, situado en La Paz, capital de la República.

El motivo no puede ser más «cavernícola»: el P. Descotte ha publicado dos libros sobre la situación geográfica de La Paz, cuya *longitud* ha corregido.

Eso de la *longitud* determinada por un Observatorio estamos seguros que no lo entienden la mitad por lo menos de los javalies españoles. Ellos creen que la *longitud* geográfica se determina con un metro de medir tela.

Como creyeron que el Observatorio del Ebro lo podía dirigir y continuar algún *enchufista*.

El jefe del partido cristiano independiente de Budapest ha pronunciado en la Cámara un discurso sobre la disolución de los jesuitas en España y ha dicho:

«Ahora cuando los elementos extremos intentan quebrantar los cimientos de la Sociedad en Alemania lo que pasa en España, no puede ser indiferente para Hungría. El gobierno español ha tomado medidas que inquietan a la opinión católica mundial. Sin distinción de religiones, todos deben unirse a nuestra protesta.»

Nada, que la propaganda que se ha hecho con el famoso Decreto a la Compañía de Jesús no es para quejarse.

Ya la quisieran para sí las grandes empresas yanquis.

La pronosticaba y temía uno de los corifeos del partido al Servicio de la República.

Los miopes de la persecución religiosa española dicen rechinando los dientes y gritando furiosos

—Más duro, más duro...

—¡Necios!

La religión crece en el infortunio.

¿No ha llegado a vuestros oídos que el dolor es fecundo cuando lo riega la sabia cristiana?

¡Torpes!

Habéis ojeado la historia con las gafas de la incredulidad que no os han dejado ver...

La experiencia os enseñará lo que vuestra incultura no ha visto.

Lo que la barbarie quema, lo que la incultura destruye, lo que el odio disuelve momentáneamente, todo, todo renace con mayor pujanza.

La grandeza del porvenir, no se fabrica en las horas tranquilas de la fortuna, sino en el infortunio.

¡Condenad, atormentad! La sangre de mártires es semilla de cristianos.

Diez y siete siglos hace que se pronunciaron esas palabras y aun están vivas y coleando.

¡Quitáos las gafas!

A. Hernán

El milagro de Andría

En la Catedral de Andría, Italia se ha repetido el milagro anunciado de convertirse en sangre fresca cuatro manchas negras de una espina de la corona del Señor, que allí se guarda con gran veneración.

El milagro se repite siempre que Viernes Santo coincide con el venti-

cinco de Marzo que fué la fecha en que se verificó la crucifixión de Ntro. Señor Jesucristo.

Este año como saben nuestros lectores han coincidido ambas fechas.

En la última coincidencia anterior a esta la expectación era enorme, no sólo por el hecho en sí, sino también porque había precedido una gran discusión en las publicaciones de aquel tiempo.

Acudió gran número de gentes de todas clases, presididas por el anciano obispo de la Diócesis. Se realizó el milagro y la impresión del anciano prelado fué tan grande que efecto de ella murió muy poco después.

A presenciar el hecho anunciado para este año han acudido las autoridades eclesiásticas y civiles de Andria y gran número de personalidades científicas tanto de Italia como extranjeras.

La víspera la prensa del mundo entero anunciaba la expectación.

El Viernes Santo en la fecha y hora fijada, la misma en que murió Ntro. Señor, comenzó a la vista de todo el mundo a errojecerse la espina y las manchas negras y secas se convirtieron en sangre roja y fresca.

Del hecho, como se ha hecho siempre, se ha levantado acta para perpetua memoria.

¡Hay milagros, vaya si los hay!

¿Casualidad?... ¿Providencia?

Un colega muy veraz, escribe la relación siguiente debajo del título ¿Casualidad?... ¿Providencia?

¿Quién no recuerda aquellos sucesos africanos, abominables, sacrílegos del pueblo de Navás; de aquel desagraciado pueblo en muchas de cuyas casas trocaron la amorosa imagen de Cristo Crucificado por el retrato de San Francisco Ferrer Guardia?

Uno de los que allí llaman prohombres, quiero decir, uno de los más furibundos y rabiosos anticlericales de este pueblo, quiso conmemorar, por lo visto, aquella farsa abominable. Para lo cual anunció a son de bombo y platillo que ya tenía trajelada la traza de la próxima fiesta mayor de Navás. La tal fiesta tenía que ser este año tan divertida y famosa

como jamás se había visto en dicho pueblo; para fiesta laica o anticlerical por los ocho costados (como dijo el otro), y a la cual darían el visto bueno el alcalde y los regidores. ¿Cómo no, si en tan heroico pueblo se había hecho la ineluctable hazaña de destronar a JESUCRISTO y entronizar a Satanás, quiero decir, a Ferrer? ¿Cómo no, si el Ayuntamiento (no sabemos si Excelentísimo o Ilustrísimo) había votado hace poco (y votado por mayoría) que ya no hay Dios?

Dicho y hecho.

Se dió feliz comienzo a la faena, quiero decir, a los preparativos, bajo la sabia dirección o inspiración del valiente... arbitrista anticlerical. Todo, todito se preparó a pedir de boca para el más rechispeante lucimiento y esplendor de la fiesta laica, sin faltar ningún linaje de adminículos, minimas y seminimas, supuesto que habría hasta riña de gallos y otras fufasas y diversiones y mojigangas populares.

— Qué fiesta mayor nos espera mañana, diría refocilándose en ella su inspirado autor. ¡La primera fiesta mayor laica que va a dejar en mantillas a todas las antiguas fiestas mayores clericales!

Y en efecto; llegó el domingo 11 de octubre de 1931 (que era cabalmente el día de la fiesta), y todos los vecinos de Navás presenciaron quién dirá lo que presenciaron atónitos y espantados ese día? Pues presenciaron la muerte, el duelo, el entierro, la sepultura de aquel pobre hombre que había querido hacer en ese mismo día «una fiesta tan divertida y famosa como jamás se había visto en aquel pueblo».

Hasta aquí la relación del colega. El cual cuenta, a mayor abundamiento, el caso acontecido recientemente en Castellet, pueblo también de abrigo, y cuyo famoso alcalde capitaneó un pelotón de gente maleante con propósito de prender fuego en Manresa a la Santa Cueva de San Ignacio. En ese pueblo de Castellet fué en donde una infeliz mujer tales injurias y tan horribles blasfemias barbortó en un mitin, no sólo contra Dios, sino hasta contra la Virgen Santísima, que hasta la misma gente anticlerical se hacía cruces al oír a aquella mujer, verdadera furia, verdadera bacante, que tenía trazas de verdadera ende-

moniada.

Pero ¡qué casualidad! Esta energética hoy se halla en el mismo trance que Nestorio, el gran blasfemo de la Santísima Virgen. Contados están ya los días de aquella furia. Un cáncer la está mafando; un cáncer que radica cabalmente en la lengua maldita que tantas y tan horripilantes blasfemias había barbotado.

Finalmente: una de las mujeres de Monistrol que azuzaban furiosamente a los hombres para que subiesen a Montserrat a injuriar a los monjes y a quemar aquel espléndido palacio de la Santísima Virgen, ha muerto quemada en su propio domicilio. Justo castigo de la que quería abrasar en su propia casa a la Inmaculada Reina de los cielos.

¿Es esto pura casualidad?

Por lo que a los hechos hace, públicos son y notorios son a todo el mundo.

Por lo que hace a si son casuales o providenciales, decía muy ingeniosamente y muy sapientísimamente un gran escritor inglés que las casualidades son los milagros que Dios no firma.

¡Ni hace falta! repetiré una y mil veces.

Porque si al gran Tamayo, le reventaba la palabra prudencia, otra de las palabras que por amor a Dios me ha reventado siempre a mí, es la palabra Casualidad.

CASOS Y COSAS

El indulto laico de este año ha sido para El Debate.

Sesenta y cinco días hacía que había sido suspendido, y por más que se había gestionado su libertad, no se ablandaba el Gobierno.

Pero sus entrañas laicas se conmovieron por fin en la Semana Santa y fué levantada la suspensión del diario madrileño.

Antes la magnanimidad consistía en cortar la cinta al rollo de la condena a muerte de algún criminal...

El laicismo ha trocado los papeles e indulta en Semana Santa a los periódicos católicos...

Sesenta y cinco días de suspensión prueban que aquella libertad que fué bandera de oposición de los ahora gobernantes llegó, y vivimos y nos mo-

vemos en ella.

Gritaron:

—¡Viva la libertad!

Y el A. B. C. vió las estrellas...

—¡Viva la libertad!

Y le tocó el turno a El Siglo Futuro.

—¡Viva la libertad!

Y cayeron diez y ocho periódicos

más.

—¡Viva la libertad!

Y El Debate hace honor a la Li-

bertad por dos meses y pico.

Cómo se habrán avergozado de in-

vocar a esa buena matrona que el

mismo Azaña renegó de ella en pleno

parlamento diciendo que no la co-

nocía... Y ese fenómeno de Jiménez

Asua que ha dado a luz la flamante

Constitución del 32 dijo que a él no

le parecía mal la dictadura...

Es decir que la única libertad reco-

nocida y defendida ha sido la de

hacer el javalí...

—¡Veo a la Ley de Defensa...!

—

El laicismo ha sido extremado has-

ta no reconocer el Jueves y Viernes

Santo, abriendo las oficinas públicas.

Claro está que han sido las únicas

que se han abierto.

El pueblo como en años anteriores,

o más aun, ha consagrado esos días a

recordar y celebrar los santos mis-

terios de la Religión.

En Londres, Berlín, Nueva York

la Bolsa no ha abierto; aquí el laicis-

mo ha obligado a abrir... La bolsa

abierta les encanta...

Esponjándose como un pavo decía

un diputado javalí: Ahora Francia

misma habrá de imitarnos...

Y ya se está viendo; el mundo en-

tero nos mira boquiabierto.

¡Qué dicha! ¡Vamos a exportar lai-

cismo! ¡Quién lo había de decir!

Y con el laicismo exportaremos

también mas vino y más naranjas...

—

Una república laica es por conse-

cuencia una república alegre, dice un

periódico.

Ortega y Gasset al hablar del per-

fil agrio de la república anduvo sin

duda un poco exageradillo.

El laicismo es un cosquilleo que a

todo el mundo hace reír.

—

No hay más que montar en un tren

o entrar en un café o acercarse a

cualquier reunión de españoles para

darse inmediata cuenta de lo conten-

tos que estamos todos.

Somos una república de trabaja-

dores con alegría de todas clases...

desde la risa de conejo, hasta la car-

cajada abierta y sonora.

Si Azaña, Casares y los ministros

socialistas no hubiesen hecho otro

milagro, con ese sólo habría para ca-

nonizarlos como los santos laicos de

la segunda república...

Los gallegos ríen; los andaluces ríen; los catalanes ríen; los castellanos ríen... Los propietarios se parten de risa; los obreros tienen las manos en los ijares para no destornillarse de risa...

—¡Ya lo creo que los franceses y los ingleses y los alemanes y todo género de pueblos vendrán a comprarnos nuestro laicismo para importarlo y hacer la delicia de sus conterráneos!

— Como se ha demostrado que España es hoy la nación productora al por mayor de la risa, se ha demostrado también que eso de los enchufes socialistas y radical socialistas es un cuento tártaro.

Ni Cordero, ni Muño, ni Pérez Ayala, ni Alomar, ni cristiano, digo, laico viviente está enchufado.

Unas pesetillas por aquí y otras pesetillas por allá, total nada. ¿Qué le dan en una carterita 25.000 pesetillas por la Campsa? ¡Bah! miserias! ¡El que más y el que menos de los españoles tiene con la dosis de la alegría una carterilla con venticinco mil del ala olvidadas!

Los que se quejan es por política, nada más que por política. Colaboradores secretos de las derechas...

— Dice Cordero que si el socialismo no gobierna no es porque el partido socialista no esté preparado para gobernar, sino porque el pueblo español no está aun preparado para que lo gobierne el partido socialista.

Muchas gracias en nombre del pueblo español.

Es verdad que cuando los tábanos son muy gordos se necesita mucha sangre para alimentarlos.

A. H.

Una Parábola casi Evangélica

Su majestad el León estaba muy grave. Muriéndose a chorros, vaya. La reina Leona, queriendo apurar todos los recursos para salvarlo, pidió una nueva junta, y de todos los confines del imperio vinieron las mayores notabilidades de la ciencia médica.

La consulta fué larga, laboriosa, y hasta algunos aseguran que reñida; pero como todo tiene fin en este mundo, la consulta también lo tuvo, conviniéndose, sino por unanimidad, por mayoría, en que su real majestad estiraría la pata si no se le suministraba, antes de la subida de la fiebre, una medicina muy rara de que hablaba una revista extranjera, y enteramente desconocida en aquel imperio; a saber: en una cucharada de *aqua fontis*, una gota del específico misterioso: una gota de *verdad*.

—¿Con qué se come eso?—preguntó el jefe de palacio, que era un listísimo chimpancé, al médico de cabecera —; porque yo... por aquí..., la ver..., ¿qué? Como dijo usted que se llamaba?...

—La verdad: una cosa que, según dicen, escuece mucho, pero que es el único remedio sí...

—Pues lo que es en palacio no la hay. ¿No sería lo mismo cualquier equivalente?

—No, señor; que aquí no la hay, lo sabemos nosotros, ¿está usted?, pero no porque no la tengamos a mano vamos a dejar que se nos muera nuestro monarca. A mandar que la traigan en seguida, hállese donde se halle y cueste lo que cueste. ¡Pero volando! ¡Mono de Dios! ¡Que el tiempo es oro! Es decir, el tiempo es más: el tiempo es vida.

Y salieron tres correos de gabinete, que eran tres ligerísimos ciervos, en busca de la verdad, con palabra del rey de ofrecer a quien la suministrara, toda suerte de honores con todas las riquezas apetecibles.

Al salir de la corte se encontraron con un sabio que vivía en lo profundo de una cueva y que, sentado a la sazón en un peñasco de los que había a la entrada de la gruta, leía en un infolio del tama-

ño del aparejo de un borrico... aunque en mala comparación.

—Buen hombre—le dijo uno de los ciervos—¿sabe usted, por ventura, dónde está la...? ¡No me acuerdo ya como era!... ¡Ah! ¡Yal! ¡Sí! ¿La verdad?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta!—le respondió el filósofo quitándose las gafas, pues es de suponer que siendo un hombre tan sabio no iba a estar sin ellas—La verdad es un ente de razón... ¡Conque échele usted un galgo!

Los ciervos se abroncaron con la contestación del filósofo, y como no había tiempo que perder, se fué cada uno de ellos por su lado a la ventura de Dios.

Andando, andando, andando, se tropezó uno de los ciervos con una zorra que salía de un colmenar.

—¡Hola, comadre zorra!

—¡Hola, compadre ciervo!

Se dieron la pazuña y la garra, respectivamente, como buenos amigos, y el ciervo contó a la zorra la razón y motivo de su correría.

—Sí, señor; compadre ciervo—dijo al cabo la zorra—. Conozco la verdad. Vamos para palacio cuanto antes, y verá usted cómo yo me explicoteo. Porque, la verdad, para que usted se entere—siguió diciendo cuando echaron a andar—, es cosa que hay que decirla; para decirla, hay antes que conocerla, ¿está usted? Por eso el compadre burro, que es tan buena persona, no la puede decir, porque no la conoce el pobrecito. Pero yo..., yo soy otra cosa muy distinta, aunque a una no le toca alabarse; yo la conozco muchísimo, como que, como el otro que dice, nos hemos criado juntas, y... Y dígame usted, compadre; ¿se gana mucho? Porque exponerse uno a arrostrar todos los peligros de decir la verdad para quedarse luego en cruz y en cuadro si es que no sale una descalabrada por haberse metido a redentora...

—Facilite usted la droga y no lo perderá.

Y llegaron a palacio.

—¡Por Dios!—empezó a decir a la zorra el hermano del rey, que aspiraba al trono, pues estaba vi-

gente en aquel reino la ley sálica—; mi pobre hermano está muy débil; si la medicina esa es muy cruda, quizá sea contraproducente suministrársela...

La zorra, que era lista como ella sola, hizo al príncipe heredero un rendido saludo de corte, y, diciéndole al ciervo que se le había olvidado la medicina, y que iba por ella, se largó al colmenar.

—¡A otra zorra con ese hueso!—dicen que iba diciendo por el camino.—¡Dar yo la medicina para que el uno no me lo agradezca y encima el otro lo lleve a mal!... ¡El que quiera saber que vaya a Salamanca!

Y al rato llegó el segundo ciervo conduciendo una liebre que, poseedora de la verdad y muy adicta al trono, se había ofrecido a suministrarla gratuitamente.

—¿Te dará miedo?—le había dicho el correo de gabinete por el camino—. ¿Te atreverás?

—Veremos; yo creo que sí. Que me den por si acaso una taza de tila con unas cuántas gotas de agua de azahar, o cualquier antiespasmódico antes de presentarme ante el monarca, y verá usted cómo con la divina ayuda, porque la naturaleza de liebre es flaca, apronto la medicina salvadora.

Y entraron en palacio. Alabarderos, gentileshombres, médicos, damas, una mona inglesa, aya de las infantitas; la más chiquitita de éstas al pie de la cama, ¡cosas de las criaturas!, chupando un mendrugo de pan, tan quitada de cuidado y tan ajena la inocente a todo lo que pasaba a su alrededor; un gran zorro consolando a la reina Leona... La pobre liebre se echó a temblar al ver tanta grandeza y tanta gente. No sé qué demonios hizo que manchó la alfombra, del miedo que le dió se corrió de vergüenza al ver el desaguisado que había hecho, y, como alma que lleva el diablo, se escabulló por entre las piernas de los palaciegos, llevándose entre pecho y espalda la verdad. Era muy corta de genio, muy vergonzosa, muy tímida; le dió miedo y se fué.

Y la fiebre del rey empezó a subir. Se le aplicó el termómetro y era una *bestialidad* lo que subía. De allí a poco el delirio, el estertor, a la media hora su majestad leonina se marchaba a escape, pero a escape.

Aquello iba a la posta. Cuando hete aquí colarse por la cámara real, como trasquilado por iglesia, el último de los tres correos de gabinete, con un gallo hermosísimo entre las astas, pues no pudiendo éste volar lo necesario para la travesía, ni correr lo que el ciervo, había exigido que le sirviera de medio de locomoción a fin de ganar tiempo y hacer menos penosa por su parte la jornada.

—¡Aquí está la medicina!, empezó a cacarear el gallo, como si estuviera en su corral y fuera el amanecer.—Aquí está la medicina!

Y se apeó de la cornamenta del vehículo para acercarse al lecho del paciente.

Sin poderlo remediar, tropezó con la infantita que chupaba el mendrugo. Tenía hambre o era glotón, no se sabe. Lo cierto de ello es que arrancándole el mendrugo de un picotazo, se lo empezó a tragar.

El mendrugo era muy gordo, y el gallo se quedó engollipado.

—Que se muere mi esposo!—le gritaba la reina hecha un mar de lágrimas.

—¡Que se muere mi padre!—gemían las infantas revolcándose por el suelo.

—¡Que se muere el rey!—le decían todos los cortesanos instándole a que diera la medicina.

—¡Que se murió!—dijo el médico de cabecera.

Requiescat in pace. Amén—murmuró un zorro, grande de España, con voz solemne...

El rey de las selvas era cadáver.

—¡Infame! ¡Asesino! ¡Regicida!—comenzó entonces la viuda, loca, como la madre de Carlos V. a apostrofar al gallo—. ¿Por qué no hablaste, infame!

—Señora—contestó el gallo, poniéndose sobre una pata con dignidad suprema:—porque el demonio del pan me obturó el aparato respiratorio, y, aunque quise, no pude. ¿Ha visto, por ventura vuestra real majestad nada que ponga más afónicos a los hombres, digo, a los gallos, que un mendrugo?